NEW LEFT REVIEW 158

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2026

EDITORIAL

ALEXANDER ZEVIN — La guerra del Golfo de Trump — 9

ARTÍCULOS

NATHAN SPERBER — ¿Más allá del neoliberalismo? — 29

NANCY FRASER — Gaza como acontecimiento mundial — 57

ENTREVISTA

RICHARD OVERY & TOM STEVENSON — Repensar la Segunda Guerra Mundial — 75

ARTÍCULOS

LOÏC WACQUANT — Contra el abolicionismo — 111

MARCUS VERHAGEN — El arte de la contramemoria — 133

CRÍTICA

SEBASTIAN VEG — Tres perspectivas sobre Hong Kong — 145

THOMAS MEANEY — Las promesas de Occidente — 155

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

SUSCRÍBETE

tdS traficantes de sueños

Fritz Bartel, *The Triumph of Broken Promises: The End of the Cold War and the Rise of Neoliberalism*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2022, 429 pp.

Thomas Meaney

PROMESAS DE OCCIDENTE

Pocas convulsiones políticas que se recuerden han sido santificadas tan exhaustivamente como los traspasos de poder en Europa del Este que comenzaron en 1989. De acuerdo con la versión habitual, el bloque del Este era una tierra asolada de coches de cartón, edificios agrietados construidos con grandes paneles de forjado prefabricados, polvo de lignito y policía política. Una torpe elite comunista había malgastado toda su legitimidad. El pueblo se levantó contra los regímenes despóticos y exigió las libertades de las que disfrutaban sus compatriotas europeos en Occidente. La democracia llegó a toda prisa pero, y esto es lo decisivo, con poca violencia. Antiguos electricistas y dramaturgos asumieron el liderazgo de sus Estados. Había llegado el momento de vivir en la verdad.

El guión de 1989 como triunfo de la perseverancia liberal-democrática sobre la dictadura comunista ha perdurado más de una generación. Al igual que las revoluciones de 1848, 1989 tiene sus actores-historiadores, sus propios Lamartines y Louis Blancs. En Occidente existe un canon literario y cinematográfico consolidado, junto con una mentalidad profundamente arraigada algo así como una variedad especial de liberalismo que podría denominarse «1989ismo», caracterizada por la creencia en el poder de la sociedad civil, la concepción de los disidentes como vanguardia de la democracia liberal y la confianza en los mercados, ya sea de ideas o de bienes. Sin embargo, esta orientación prevalece más en la política contemporánea y la cultura popular que en el ámbito académico. A partir de la década de 1990, historiadores

occidentales como Charles Maier y Stephen Kotkin comenzaron a someter la historia al nuevo material de archivo disponible. Junto con un puñado de otros estudiosos, entre ellos, desde la izquierda, Peter Gowan y Giovanni Arrighi, señalaron el endeudamiento de los regímenes comunistas de Europa del Este con los bancos occidentales como una dimensión subestimada del colapso del socialismo de Estado. Los años 1989-1991 solo podrían considerarse pacíficos si se ignoraba la caída de la esperanza de vida entre las víctimas de la terapia de choque de Washington aplicada al antiguo bloque soviético.

Contrariamente a algunas retrospectivas edulcoradas, prácticamente ninguna de las principales corrientes de los movimientos populares de Europa del Este reclamaba el desmantelamiento del socialismo, sino en realidad su renovación, junto con llamamientos a «respetar la Constitución». Los disidentes del Este podían parecer figuras familiares en el espejo occidental, pero sus ideales y su valentía se habían forjado bajo el socialismo, y no a pesar de él. Mientras tanto, sectores clave de la elite comunista de Alemania Oriental, Hungría y Polonia, lejos de estar ciegos ante el curso de los acontecimientos, reconocieron el peso y la fuerza de estos, aunque mantuvieran este conocimiento en estricta confidencialidad. Comprendieron que las mareas populares surgidas en sus sociedades solo resultaban plenamente inteligibles y únicamente podían gestionarse, si se ponderaban los pasivos que pesaban sobre sus balances de situación.

Fritz Bartel centra su atención en estos pasivos en *The Triumph of Broken Promises: The End of the Cold War and the Rise of Neoliberalism*, libro basado en su tesis doctoral presentada en la Universidad de Cornell (actualmente imparte clases de asuntos internacionales en la Bush School of Government and Public Service de la Universidad Texas A&M). Atendiendo a los llamamientos de Maier y Kotkin a «ver el capitalismo y el comunismo desde una perspectiva comparativa», Bartel presenta el fin de la Guerra Fría y el auge del neoliberalismo como «productos interconectados de una historia compartida, concretamente, la historia de la economía mundial a finales del siglo XX». La disolución del comunismo soviético se comprende como el resultado de los intentos sostenidos de ambos bloques por disciplinar sus economías a raíz de la crisis energética desencadenada por la guerra del Yom Kipur. Mientras que Occidente, sobre todo Estados Unidos, fue capaz de aprovechar su posición en los mercados mundiales para imponer ajustes estructurales, Bartel sostiene que los Estados soviéticos no dispusieron de los mismos medios para hacer lo propio. Pasaron a depender del crédito occidental y, a su vez, de sus propios asesores económicos, que gestionaban sus relaciones con los prestamistas extranjeros. «En una paradoja suprema», escribe Bartel, a finales de la década de 1970 «solo el desarrollo del capitalismo financiero global permitió la existencia del socialismo tardío». La pregunta que plantea *The Triumph of Broken Promises* es por

qué las democracias liberales occidentales fueron capaces de llevar a cabo la impopular gestión de la austeridad económica, mientras que los gobiernos comunistas se mostraron incapaces de hacerlo. En lo que respecta a los pactos sociales forjados durante el auge del periodo de posguerra, las «promesas» hechas a la población resultaron más fáciles de romper en Occidente que en el Este, donde el nivel de vida era menos negociable, de ahí el título de Bartel.

Bartel abre su análisis con un impresionante díptico del malestar económico, occidental y oriental. En 1979 los asalariados estadounidenses padecieron el azote de las subidas punitivas de los tipos de interés decretadas por el presidente de la Reserva Federal, Paul Volcker, diseñadas para combatir la inflación a costa del desempleo masivo. «Los vendedores de coches enviaron a la Reserva Federal ataúdes llenos de llaves de coches sin vender», escribe Bartel, «y los agricultores bloquearon la entrada principal de la Fed con sus tractores para protestar por el aumento de los costes de sus actividades». Diez años más tarde, en medio del colapso del comunismo húngaro, un jubilado de Budapest dirigió una carta abierta al último ministro de Finanzas comunista, László Békesi. Con su seguridad económica evaporándose y el coste de la vida en niveles prohibitivos, pidió con sorna «una cuerda lo suficientemente larga y resistente» para liberar al presupuesto estatal de su manutención. La palabra rusa *perestroika*, como relata Bartel, que significa algo así como «reajuste», fue utilizada por primera vez por los analistas soviéticos para describir las políticas de austeridad en Occidente en la década de 1970, antes de que se aplicara a escala nacional en la década de 1980.

The Triumph of Broken Promises se desarrolla en dos partes. La primera traza lo que Bartel denomina la «privatización» de la Guerra Fría verificada entre 1973 y 1985, cuando el crecimiento menguante y la presión de los mercados financieros obligaron a los gobiernos occidentales y orientales a retractarse de sus compromisos anteriores. Bartel comienza con la desaceleración económica que afectó a ambos sistemas a partir de 1970, problemas que se vieron agravados por la crisis del petróleo de 1973. La fuerte subida de los precios alteró drásticamente la relación entre la Unión Soviética y el bloque del Este. Para el Kremlin, esto significaba que el coste de la ayuda a los países del Comecon era más alto que nunca, ya que el flujo de productos industriales hacia la Unión Soviética no podía compensar los subsidios energéticos que Moscú proporcionaba a cambio. Mientras tanto, los Estados de la OPEP concentraron sus petrodólares en bancos estadounidenses y europeos, los cuales comenzaron a buscar en consecuencia oportunidades de inversión a gran escala. El bloque del Este tenía nuevos incentivos para promocionarse como un destino atractivo para el capital occidental. En Polonia, donde las protestas masivas de los trabajadores contra las subidas

de precios en 1970 habían forzado la destitución del veterano Władysław Gomułka, el nuevo líder, Edward Gierek, puso en marcha la denominada «Nueva Estrategia de Desarrollo». Ante la disminución de la generosidad soviética, Gierek creyó que la mejor opción era aceptar las ofertas de los bancos occidentales de más crédito para financiar el impulso del sector tecnológico y restaurar así la competitividad de las exportaciones, lo cual constituía un intento de elevar el nivel de vida de los trabajadores, promesa que le había ayudado a llegar al poder.

Una de las muchas paradojas que Bartel saca a la luz es que los banqueros occidentales se encontraban entre los partidarios más convencidos de las economías socialistas de Estado, a las que consideraban dotadas de mecanismos de coacción envidiables, a lo que se sumaba el superávit comercial energético de la Unión Soviética. «¿Quién sabe qué sistema político funciona?», declaró el director de la división internacional de Citibank en 1982. «La única prueba que nos importa es: ¿pueden pagar sus facturas?». Durante un periodo de la década de 1970, parecía una victoria para ambas partes: los bancos occidentales creían que tenían una nueva frontera de inversión fiable, mientras que los dirigentes del bloque del Este creían que su crédito podría financiar un proceso de modernización acelerado y tal vez incluso sacar partido de la crisis imperante en el mundo capitalista. Los líderes comunistas esperaban que «su acceso a las materias primas soviéticas baratas y a los mercados de crédito occidentales» les permitiera «evitar los ajustes traumáticos que la austeridad traía a las sociedades occidentales». En Estados Unidos, las primeras preocupaciones las expresaron intelectuales del ámbito de la defensa, más que los banqueros. Como relata Bartel, Brzezinski acudió a las páginas de *Business Week* en 1976 para dar la voz de alarma de que los Estados del Comecon podrían declarar una suspensión de pagos estratégica, mientras que Kissinger advirtió de que podrían estar manipulando la infraestructura económica de Occidente en su favor. Bartel, sin embargo, no ve pruebas de que tales debates geoestratégicos llegaran a producirse al otro lado del Telón de Acero.

El reembolso en divisas fuertes de las deudas contraídas con Occidente dependía de la capacidad de vender en el extranjero en un mercado global en el que los países del bloque del Este se enfrentaban ahora a la competencia de Asia Oriental. Al mismo tiempo, recortar las importaciones para corregir su balanza de pagos amenazaba con provocar el descontento popular por la escasez interna. En 1979, cuando se agotaron los salvavidas de la energía soviética barata y los préstamos occidentales, «la austeridad se volvió inevitable». Como observó la CIA en un informe que cita Bartel, se entendía que la industria petrolera soviética había alcanzado su capacidad máxima.

Ya en 1977, el primer ministro soviético Kosygin advirtió en una sala llena de ministros del Comecon que la producción después de 1980 sería

«considerablemente menor» y que era necesario aplicar medidas de eficiencia energética. En Alemania Oriental, ese mismo año, el responsable económico jefe del SED, Günter Mittag, y el presidente de la Comisión Estatal de Planificación, Gerhard Schürer, escribieron un memorándum secreto a Honecker, aconsejándole que pusiera en marcha una campaña de exportación y redujera las importaciones. Honecker, escribe Bartel, «tomó su advertencia como una afrenta personal». «El camino de la restricción no es posible», insistió. Al anciano líder de la RDA no hacía falta recordarle el Levantamiento de Berlín de 1953, desencadenado por las cuotas de trabajo y una caída prevista del nivel de vida.

El agotamiento de los préstamos procedentes de Occidente planteaba una dificultad aún más grave. En el análisis de Bartel, el presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos emerge como el agente individual más decisivo en el colapso del comunismo. Al restringir la oferta monetaria estadounidense en 1979, por razones de política interna, Volcker logró socavar la garantía de pleno empleo del periodo de posguerra en Estados Unidos, al tiempo que atrajo entradas masivas de capital extranjero hacia los mercados del dólar. Y lo hizo en la bisagra entre dos administraciones presidenciales, algo decisivo, porque Carter podía cargar con el castigo electoral por la reforma y Reagan presentarse como quien asumía con valentía una nueva realidad. Los efectos de este abrupto endurecimiento del crédito global fueron devastadores tanto para los aliados de Estados Unidos como para los Estados comunistas. En su capítulo más brillante, Bartel efectúa una comparación entre las experiencias británica y polaca del shock Volcker y la agitación laboral resultante. En la década de 1970, ambos países habían recibido el sambenito de «el enfermo de Europa» en el ámbito económico, debido a sus poderosos movimientos sindicales.

Para los analistas del mercado, no estaba en absoluto claro que los conservadores fueran más capaces que el ya curtido Gierek para gestionar los recortes. «Si el puño de hierro servía para algo», escribe Bartel, «era para imponer decisiones impopulares a una población resistente». Bartel compara ingeniosamente a dos de los respectivos asesores de Thatcher y Jaruzelski: John Hoskyns, un empresario de derechas a quien Thatcher acogió bajo su manto, y Mieczysław Rakowski, editor del semanario polaco *Polityka*. Ambos compartían la creencia de que la austeridad era la única salida a la crisis. La diferencia, en opinión de Bartel, era que Thatcher y Hoskyns tenían a mano una ideología de individualismo y sacrificio de la que carecían los líderes de lo que seguía siendo, nominalmente –y en cierta medida, subjetivamente–, un Estado obrero. Rakowski, en cambio, apostó por una asociación de «corresponsabilidad» entre el partido, los sindicatos y la Iglesia católica. Ambos países vivieron huelgas militantes de mineros y trabajadores de los astilleros, que derrocaron a Gomułka en 1970 y a Edward Heath en 1974. A finales de

la década de 1970, los thatcheristas estaban convencidos de que, como dijo Hoskyns, «la clave para resolver todos los problemas económicos de Gran Bretaña residía en romper el poder de los sindicatos del país para resistirse a la disciplina económica». Thatcher hizo exactamente eso, combinando tipos de interés al estilo Volcker y un presupuesto de recorte de gastos en medio de la grave recesión de 1981, y luego, fortalecida por una victoria militar en el Atlántico Sur que hizo ondear la *Union Jack* sobre las Malvinas, se movilizó para proceder a un enfrentamiento definitivo con el sindicato de mineros cerrando minas y recortando puestos de trabajo.

En Polonia, la subida de los precios de los alimentos impuesta por Gierek en 1980 provocó huelgas igualmente militantes por parte de los trabajadores de los sectores económicos cruciales y el surgimiento de Solidarność como un sindicato de ámbito nacional que evolucionó rápidamente hacia una oposición política. Los dirigentes polacos adoptaron inicialmente una postura opuesta a la de Thatcher, siguiendo la estrategia de Rakowski de atraer a Solidarność hacia la colaboración y la «corresponsabilidad» con el Acuerdo de Gdańsk. A principios de 1981, Rakowski y Jaruzelski, el exministro de Defensa que pronto se convertiría en líder del partido, se reunieron con Lech Wałęsa para convencerle de la necesidad de apretarse el cinturón. Pero Solidarność se estaba desarrollando en una dirección diferente: exigía «control social» sobre la política económica, acceso sin restricciones a los medios de comunicación y representación en el Sejm, el parlamento polaco. Invocando la amenaza de una invasión soviética, Jaruzelski y Rakowski decretaron la ley marcial, encarcelaron a los líderes de Solidarność e impusieron las políticas de equilibrio presupuestario que exigían los acreedores occidentales de Polonia. El resultado fue acabar con cualquier apoyo popular que todavía existiera al régimen comunista. Solidarność pasó a la clandestinidad, pero resurgió con la ola de huelgas de 1988, que obligó al gobierno a entablar las conversaciones de la Mesa Redonda y a convocar las elecciones semilibres de junio de 1989, en las que ganó el sindicato todos los escaños disputados. Jaruzelski se vio obligado a nombrar un gobierno de coalición liderado por Solidarność, que acto seguido reescribió la Constitución y ganó las elecciones plenamente democráticas de 1991.

Fue la Dama de Hierro quien ganó la partida. Mientras que diez millones de polacos acudieron en masa a engrosar las filas de Solidarność, los mineros británicos nunca lograron desarrollar una base de apoyo popular. La ley marcial destruyó la legitimidad del gobierno de Jaruzelski, mientras que la huelga de mineros consolidó la popularidad electoral de Thatcher, lo que le dio en 1987 su mayoría parlamentaria más aplastante. *The Triumph of Broken Promises: The End of the Cold War and the Rise of Neoliberalism* continúa desentrañando los efectos globales de la terapia de choque de Volcker, que convirtió a los países deudores en exportadores netos de capital para poder

empezar a hacer frente al servicio de su deuda. Con este fin, se incrementó radicalmente la base de capital del Fondo Monetario Internacional para que pudiera imponer nuevas «condicionalidades» a la política económica a través de nuevas rondas de préstamos, al tiempo que rescataba indirectamente a Wall Street. «A medida que el sistema financiero occidental se aislaba cada vez más de la amenaza de impago soberano, los funcionarios estadounidenses fueron comprendiendo que ahora tenían todas las cartas en la mano», escribe Bartel. «El shock Volcker había impuesto simultáneamente la política de romper las promesas vigentes a Estados Unidos y a un mundo resistente, pero el rearme financiero de Reagan había permitido rápidamente a Estados Unidos redactar un nuevo contrato social financiado mediante el endeudamiento con el capital extranjero». La *perestroika* capitalista estableció así las condiciones de la *perestroika* socialista que le siguió.

Los halcones de la Guerra Fría del gobierno de Reagan tardaron más de lo que cabría esperar en darse cuenta de que una de sus mejores armas contra el mundo comunista era la deuda. En Polonia, la declaración de la ley marcial por parte de Jaruzelski distrajo la atención de un cambio radical en el Kremlin: la Doctrina Brezhnev había llegado a su fin. En medio de la caída de los precios del petróleo y la crisis económica, los soviéticos lidiaban con problemas cerca de casa y lejos de ella, desde los Urales hasta la frontera afgana. La voluntad de Moscú de apuntalar por la fuerza el socialismo en Europa del Este se había disipado. En otras partes del bloque, como muestra Bartel, se seguían estrategias divergentes. En la Hungría de János Kádár, bajo la dirección del ministro de Economía János Fekete, otra ronda de préstamos del FMI sirvió para ganar tiempo. En la RDA, en cambio, esa posibilidad se rechazó de plano. «Ser o no ser, esa era la cuestión», escribió en sus memorias Alexander Schalck-Golodkowski, jefe de la red de adquisición de divisas del país. «No queríamos exponer al socialismo a los dictados del Fondo Monetario Internacional». Pero la alternativa –pedir un préstamo a la República Federal de Alemania– solo estaba al alcance de la RDA: para un anticomunista de línea dura como el ministro-presidente bávaro Franz Josef Strauss, el objetivo era conseguir que «la RDA dependiera del marco alemán tanto como un drogadicto depende de la heroína». En 1982-1983, Bonn prestó a Alemania Oriental 200.000 millones de marcos. Para agravar aún más los problemas de Honecker, los ciudadanos de Alemania Oriental, a diferencia de los polacos, tenían un destino claro al que huir: podían ver y oír la sociedad de consumo de Alemania Occidental en sus televisores y radios.

Bartel dedica la segunda mitad de *The Triumph of Broken Promises* a «la *perestroika* socialista», que culminó con la toma de control de la RDA por parte de la República de Bonn, asegurada mediante incentivos financieros a Moscú. A finales de la década de 1980, los economistas del entorno de Gorbachov comenzaron a hablar como neoliberales. «Hay muchísima gente

que recibe más de lo que aporta a la sociedad», declaró en 1987 su principal asesor económico, Abel Aganbegyan. El economista Nikolai Shmelev habló de la «certeza parasitaria sobre el trabajo garantizado» entre los ciudadanos soviéticos. Mientras tanto, el propio Gorbachov dijo sin rodeos a los líderes del bloque del Este que ya no dirigía una organización benéfica. El Kremlin acabó viendo el desmantelamiento del Pacto de Varsovia como una forma de sanear las cuentas. Una vez descartada la Doctrina Brezhnev, Gorbachov no veía forma de mantener a los satelites de su lado. «Polonia se nos está escapando», se lamentaba según una cita de su asesor de política exterior, Anatoli Cherniáyev, «y nosotros en Moscú no hacemos nada. ¿Y qué podemos hacer? Polonia tiene una deuda de 56.000 millones de dólares (sic). ¿Podemos asumir a Polonia en nuestro balance de situación, dado nuestroa estado económico actual? No».

Cuando Solidarność asumió el poder en otoño de 1989, bajo el liderazgo de Tadeusz Mazowiecki, e instauró una austeridad rigurosa, la antigua dirección comunista de Polonia quedó perpleja. «Aunque el gobierno de Mazowiecki está aplicando una política económica letal, no hay huelgas», anotó atónito Rakowski en su diario. ¿Cómo podía Solidarność tener éxito donde el partido había fracasado, aplicando medidas de austeridad sin que se produjera reacción alguna? Fue entonces, de acuerdo con Bartel, cuando Rakowski y Jaruzelski se dieron cuenta de las virtudes de la democracia parlamentaria: solo un sistema así, en palabras de Jaruzelski, podía «soportar el peso de las decisiones impopulares». Bartel describe de manera similar la aceptación por parte de Solidarność de las premisas planteadas por el ministro de Finanzas Leszek Balcerowicz, quien, en una réplica casi exacta de la «curva J» de Hoskyns, esbozó minuciosamente ateniéndose a una espuria práctica de la ciencia social, cómo se podía infligir dolor económico si la población creía que se vería compensado por ganancias políticas: la «libertad».

Otra de las viñetas de Bartel muestra que la austeridad fue tanto un elemento disolvente del telón de Acero como un deseo mimético. Hungría, que en 1988 se había embarcado en la ruta polaca de la liberalización, realizó un esfuerzo denodado por reducir el gasto para apaciguar al FMI, lo cual incluyó la decisión de posponer la modernización, ya atrasada, del muro fronterizo con Austria. En efecto, el desmantelamiento *de facto* del Muro se llevó a cabo en aras de la reducción de costes. El momento crucial se produjo el 9 de octubre de 1989, cuando, ante una gran manifestación en Leipzig, el jefe local del partido llamó al sucesor de Honecker, Egon Krenz, para preguntarle si debía ordenar que se disparara contra los manifestantes. No hubo respuesta. La represión ya no se consideraba una opción. El Politburó no desplegó los tanques. Según la interpretación de Bartel sobre la actuación de Krenz, este sabía que la violencia a gran escala significaría el fin del crédito occidental y, por ende, del propio Estado. A finales de octubre, Schalck-Golodkowski, alto

responsable económico de la RDA, estaba negociando la apertura controlada del Muro de Berlín a cambio de divisas fuertes.

Gorbachov y sus asesores ya se habían dado cuenta de que –habiendo abandonado toda esperanza de rescatar a los Estados aliados para preservar sus contratos sociales– era solo cuestión de tiempo que tuvieran que romper el contrato social en su propio país. Cherniáyev aconsejó explícitamente a Gorbachov que evitara la impresión generalizada de que Alemania Occidental «se lo había ganado rápidamente mediante la concesión de préstamos». Pero esto fue, por supuesto, lo que ocurrió. En los meses previos a su acuerdo de 1990, Kohl intentó repetidamente encontrar el precio adecuado para la retirada de las tropas soviéticas de la RDA, mientras Bonn y el Kremlin fingían que el pago era para cubrir los costes, no para protegerse de las crisis económicas internas que se avecinaban. Kohl tanteó a la baja con una oferta de 5 millardos de marcos; Gorbachov quería 20 millardos. Sin embargo, en el transcurso de las negociaciones quedó claro que un pago único no bastaría; lo que el Kremlin necesitaba era una línea de crédito mientras se preparaba para una grave contracción económica, esto es, una caída de la producción de dos dígitos, una escasez creciente y, poco después, la liberalización de precios vertiginosa que seguiría al desmoronamiento de la Unión Soviética.

La Guerra Fría comenzó, en el relato de Bartel, como una contienda en la que ambas partes «basaban su pretensión de superioridad en la capacidad de sus gobiernos para proporcionar una distribución abundante y equitativa de la buena vida ligada a la modernidad industrial». Terminó en una carrera por abandonar esos compromisos sin perder el consentimiento de los gobernados. Dos ventajas, argumenta, aseguraron que Occidente saliera ganando. El neoliberalismo, al atribuir la necesidad de disciplina económica a las leyes impersonales del mercado, hizo de la necesidad virtud y ayudó a eximir a los líderes políticos de la culpa por las consecuencias. La democracia electoral, por su parte, confirió a los gobiernos la legitimidad popular para actuar en consecuencia. Juntos, estos dos elementos constituyeron «un conjunto de herramientas políticas e ideológicas para hacer frente al reto de romper promesas». Su efecto se pudo observar en la reafirmación de la hegemonía financiera estadounidense que siguió al *shock* Volcker, lo que permitió a Estados Unidos prescindir de la disyuntiva entre «cañones o mantequilla». «De hecho», escribe Bartel, «al conseguir que inversores japoneses, de Alemania Occidental y árabes pagaran el desarrollo de la siguiente generación de poder militar estadounidense de forma indirecta a través de los mercados de deuda, Volcker y Reagan lograron sin darse cuenta una hazaña que los líderes soviéticos nunca pudieron alcanzar: conseguir que su imperio se pagara solo». Al haberse vinculado al crédito occidental para respaldar las garantías a sus ciudadanos, los gobiernos de Europa del Este redujeron su margen para incumplirlas, cuando llegó la hora de pagar la factura.

Bartel escribe con modestia que su relato «no es tanto una obra de revisión histórica como una obra de recuperación histórica». Los protagonistas que con más facilidad habrían identificado las dificultades que el propio Bartel pone al descubierto habrían sido, afirma, los economistas y políticos que gestionaron la desaparición del socialismo de Estado. *The Triumph of Broken Promises* es, en este sentido, una «historia desde el punto de vista de los perdedores». La afirmación no hace del todo justicia al ímpetu revisionista de esta interpretación del fin de la Guerra Fría. Dentro de la vasta historiografía sobre el tema, su enfoque se acerca más al análisis sereno de Maier en *Dissolution* (1999) que al relato más ideológico de Kotkin y Jan Gross esbozado en *Uncivil Society* (2010). Mientras que Kotkin y Gross describen a las elites económicas de Europa del Este como miopes y ensimismadas, Bartel las ve ya integradas en el consenso neoliberal internacional.

Banqueros centrales como el húngaro János Fekete y el polaco Jan Wołoszyn aparecían regularmente en las páginas de *Euromoney*, la revista de referencia del mercado de eurodólares, de la que Bartel saca buen partido en su estudio. Más fundamentalmente, Bartel destaca la novedad de los eurodólares como el medio perfecto para los mercados de deuda comunistas: las tenencias de dólares en bancos europeos que estaban fuera del alcance de la regulación financiera estadounidense y exentas de los límites nacionales a los tipos de interés. Evitando el término «sociedad incivil», la expresión de Kotkin para referirse al mundo social más amplio de la *nomenklatura*, Bartel atribuye la crisis terminal del comunismo a políticas reaganianas específicas, aunque más asociadas al Departamento del Tesoro estadounidense que al Departamento de Defensa.

Uno de los puntos fuertes del libro de Bartel es la claridad de su tesis y de su demostración. Pero corre el riesgo de exagerar su argumento al atribuir la victoria del bloque occidental al hecho de que «la democracia electoral hizo que los gobiernos de Occidente fueran más hábiles a la hora de incumplir promesas que los gobiernos autoritarios de Oriente». En su único análisis detallado de la práctica electoral occidental, Bartel se centra en el informe «Stepping Stones» de 1977, un primer «anteproyecto del thatcherismo», en el que Hoskyns y su colega Norman Strauss determinaron que, lejos de ser un obstáculo insuperable, el sentimiento popular en un país dotado de una prensa capitalista podía movilizarse en apoyo de la austeridad si se avivaba estratégicamente, se manipulaba y se ratificaba rápidamente mediante unas elecciones. «Debemos asegurarnos de que [los votantes] sientan aversión por los valores sindicales actuales», afirmaba el informe. «Hay que conseguir que les desagraden tan intensamente que su miedo se convierta en ira». Thatcher complementó astutamente este tema negativo con llamamientos retóricos a la autosuficiencia y la responsabilidad individual. Jaruzelski, señala Bartel, no podía sino envidiar su facilidad para volver a la opinión pública en contra del «enemigo interior».

Pero, aunque ambos bloques compartían, como es lógico, el interés por mantener a sus poblaciones estratégicamente de su lado, el relato de Bartel presta poca atención a las asimetrías en la estructura de clases y a la naturaleza de las «promesas» hechas por cada bloque, reducidas aquí a un compromiso común de elevar el nivel de vida. En la Gran Bretaña de la década de 1980, Thatcher pudo aislar a los trabajadores sindicalizados y movilizar a una pequeña burguesía resentida del lado de la clase gobernante al proponer las virtudes de la buena administración del hogar y las cuentas saneadas, frente a los sindicatos «egoístas». En Polonia, la dificultad de tales acciones se debía en parte a la identificación política e ideológica del Estado con la clase obrera, así como a la integración de una minoría sustancial de trabajadores en las estructuras del partido. No se trataba solo, como escribe Bartel, de una diferencia «de grado», sino de naturaleza. Las presiones impuestas por el sistema financiero occidental eran, en última instancia, incompatibles con la reproducción de una sociedad socialista de Estado, pero no con la reproducción de la Gran Bretaña capitalista.

A pesar de todos sus puntos fuertes, puede que el libro aún no sea lo suficientemente comparativo. El argumento es que la esclerosis institucional de los órdenes de gobierno comunistas los dejó mal equipados para adaptarse a la nueva coyuntura y les impidió obtener el consentimiento necesario de sus poblaciones, algo que los Estados occidentales lograron más fácilmente gracias a sus reservas ideológicas y mecanismos democráticos. Pero parece dudoso que las especificidades de las promesas realizadas en los Estados socialistas sean la variable clave que condujo a su desaparición. Casi todos los Estados altamente endeudados no integrados en el núcleo de la OTAN perdieron el rumbo como consecuencia del cambio radical de la economía mundial a partir de mediados de la década de 1970. América Latina sufrió una «década perdida». El África subsahariana se sumió en la crisis. Además, la pregunta de Bartel, intencionadamente desconcertante, de por qué los gobiernos de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña no cayeron a finales de la década de 1970, parece artificial: a pesar de las crisis políticas que experimentaron –el Watergate y el proceso de destitución de Nixon, la huida de De Gaulle, la derrota electoral del primer ministro conservador Edward Heath tras imponer la semana laboral de tres días en 1974 para enfrentarse a las dificultades económicas y romper el poder de los sindicatos mineros–, se beneficiaron de unos niveles de vida significativamente más altos, basados en ventajas históricas de riqueza y poder colonial. Además, Estados Unidos se benefició del privilegio exorbitante del dólar. Como respaldo energético, Gran Bretaña contaba con el petróleo del mar del Norte y Francia con su parque nuclear. Para estas potencias, la privatización de los activos públicos no supuso un salto al vacío. Fueron los amortiguadores materiales, más que

la flexibilidad ideológica, los que sustentaron su capacidad para capear las crisis que siguieron al fin del crecimiento de la posguerra.

No obstante, *The Triumph of Broken Promises: The End of the Cold War and the Rise of Neoliberalism* pone de relieve muchas peculiaridades del orden actual, desde la vieja política del gobierno ruso del reembolso estricto y rápido de las deudas internacionales (guiada por el recuerdo de los últimos años de la Guerra Fría) a la forma en que los movimientos nacionalistas de Europa del Este a menudo no se inmutan ante el discurso del «liberalismo» y la «democracia», que allí se asocia a los años de mayor penuria económica. Escrito en una prosa admirablemente clara, el análisis de Bartel se resiste a ser incorporado al canon del «1989ismo». No es probable que los números atrasados de la revista *Euromoney* encuentren un lugar junto al papamóvil en el museo de Solidarność de Gdańsk en un futuro próximo.